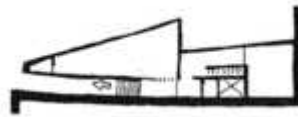


Así era don Benito, escribieron Cecilia Kühne

► Parecería que Benito Juárez nunca se quitó su levita negra. Incólume, resistente, siempre de una pieza, ni el sol en el desierto de Chihuahua, ni los cálidos vapores en Veracruz, ni siquiera la furia —que lo calienta todo— lograron atraparlo en mangas de camisa. Y si fue así, no importa. Nadie que viva hoy es un testigo.

La memoria, por eso, se ha inventado a sí misma y recuerdos propios o ajenos han reinventado al patrio oaxaqueño una y otra vez. Libros, pinturas, fotografías y dibujos han pintado muchas veces su retrato. Las crónicas, los testimonios, las autobiografías, toda la fama que llegó por escrito hasta nuestro tiempo, describen su imagen con innumerables virtudes: sencillez en el vestir; frugalidad sí de comida, palabra y bebida se trataba; camisa siempre blanquísima y cabello inamovible; pulcritud tanto en las maneras como en el pensamiento. Todo ello aunado a la fortaleza que necesita la moderación, y con un corazón templado a fuego. Juárez, ése al que no conmovieron ni las lágrimas, ni la sangre, ni las explicaciones.

No es raro, pues, que don Benito sea un personaje perfecto, protagonista de cuentos y novelas, incluso héroe de la pantalla grande. A Juárez ya lo vimos en el cine: en aquella cinta hollywoodense de William Dieterle, donde Paul Muni era un muy mesurado Juárez y Bette Davis una muy gestual Carlota; o en esa otra película del llamado cine de oro mexicano, *El joven Juárez*, de Emilio Gómez Muriel, que protagonizaban María Elena Marqués y Domingo Soler; o hasta en la moderna cinta de Felipe Cazals, donde uno no puede creer que Jorge Martínez de Hoyos, bajo todo ese maquillaje, sea el actor que está interpretando a nuestro héroe nacional favorito. Sin embargo, siempre falta algo. Escenas que no hemos visto bien podrían formar parte de nuestra propia película mental. Alguna, por ejemplo, donde Juárez sea un héroe de acción vertiginoso, siempre rudo, pero razonable, donde escapa de los malos y nunca llega tarde a recibir la Gloria. Algo que se viera así: en toda la pantalla la llanura seca. La



carroza de Juárez, toda negra, toda austera, va levantando polvo y partiendo piedras, mientras huye del embate de las tropas francesas. En su corazón, amarrada, rescatada, lleva a la República como un tesoro. En su regazo, abierto, su escritorio de campaña se tambalea. Es una mesita, de dimensiones perfectas, compartimientos secretos, realmente fácil de transportar y testigo presencial de los comunicados, esquelas y órdenes militares, que le sirve para ir escribiendo en el camino. Sin mirar atrás, aunque los oye, don Benito sabe que los enemigos nunca le darán alcance. Su levita negra, por supuesto, está convenientemente abrochada. Afuera, el sol derrite los huizaches. La ciudad de Chihuahua se atisba en el horizonte.

Como si de personaje de ficción se tratara, abrazando toda la imaginaria posible o, al contrario, aceptando todo el rigor histórico para explicarlo o recomponerlo, la vida y la obra del llamado Benemérito ha sido —y seguirá siendo— un tema insuperable. No es extraño. Además de todo lo que tuvo y le tocaba, don Benito es también muchas otras cosas: un billete de veinte pesos; la dirección de calles, avenidas, plazas, colonias, parques y colegios; el nombre de una rosa, de un dancón y hasta de un whisky; una ciudad del norte enlutada y atroz; una estación de metro; una monografía...

- Cecilia Kühne (Ciudad de México, 1965) es escritora, editora y periodista. Cursó la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM y estudios de maestría en Historia de México. Fundadora del periódico *El Economista*, editó su sección cultural por más de seis años. Fue directora del Museo del Recinto a don Benito Juárez y becaria del FONCA. Es coautora del libro *De vuelta a Verne en 13 viajes ilustrados* (Editorial Universitaria de la Universidad de Guadalajara), de reciente publicación.

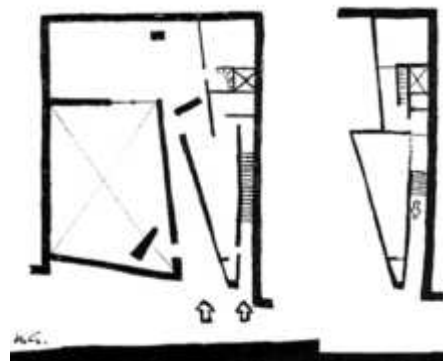
Cuando Benito Juárez llegó al mundo, hace doscientos años, eran tiempos difíciles. En aquella primavera de 1806, estas tierras todavía no eran una nación consolidada y el movimiento independentista sólo se anticipaba. El pueblito de San Pablo Guelatao, del distrito de Ixtlán, Oaxaca, estaba habitado por apenas veinte familias zapotecas.

Es bien sabido que a los tres años quedó huérfano y bajo el cuidado de sus abuelos, y que después fue a vivir con su tío Bernardino. Luego decidió “fugarse”, según lo cuenta él mismo en sus *Apuntes para mis hijos*:

Como mis padres no me dejaron ningún patrimonio y mi tío vivía de su trabajo personal, luego que tuve uso de razón me dediqué, hasta donde mi tierna edad me lo permitía, a las labores del campo. En algunos ratos desocupados mi tío me enseñaba a leer, me manifestaba lo útil y conveniente que era saber el idioma castellano, y como entonces era sumamente difícil para la gente pobre, y muy especialmente para la clase indígena, adoptar otra carrera científica que no fuese la eclesiástica, me indicaba sus deseos de que yo estudiase para ordenarme. Estas indicaciones y los ejemplos que se me presentaban de algunos de mis paisanos que sabían leer, escribir y hablar la lengua castellana y de otros que ejercían el ministerio sacerdotal, despertaron en mí un deseo vehemente de aprender.

De ahí su primera gesta heroica: caminando y descalzo se va de madrugada a la capital y llega el mismo día.

Esa primera hazaña, hablando de todo lo que se ha escrito al respecto, fue descrita por sus mejores biógrafos: Justo Sierra en *Juárez, su obra y su tiempo*; Fernando Benítez en *Un indio zapoteco llamado Benito Juárez*; Andrés Hennessee en *Los caminos de Juárez*, y Brian Hamnett en *Juárez*.



Durante la mayor parte de la vida de Juárez —consagrado el abrazo de Acatempan, Iturbide durmiendo el sueño de los injustos, y ya definida la figura presidencial— México permaneció en el límite de una nación que tenía muchos apuros por dejar de ser virreinal y aspiraba a formar ciudadanos libres. La nación participaba del paradójico acontecimiento de ser un país que no había consolidado con éxito formas de gobierno propias y distintas a las que acababa de rechazar pero que tampoco mostraba transformaciones importantes en su vida civil y en la de su sociedad. A don Benito, pues, le tocó preocuparse y encargarse. Y, por eso, su figura fue un símbolo perfecto: un indio zapoteco que se convirtió en presidente, un ejemplo de las bondades de la legalidad y el atisbo de un país conformado por todas las razas.

No es extraño, pues, que don Benito adquiriera la fama real y literaria de la que siempre hemos leído: gracias a su férrea voluntad, su defensa obstinada de la soberanía, su entereza para enfrentar la adversidad y su gran conocimiento de la ley, es ejemplo de los más profundos valores de la patria. Por eso ha provocado las más intensas palabras, los escritos más sesudos y hasta las frases más insólitas y conocidas. Decimos, por ejemplo, “lo que el viento a Juárez” cuando presumimos de ser indemnes,

casi invencibles ante los embates de la mala fortuna. Usamos la expresión hasta para presumir que puede haber aires que nos tambaleen pero nunca que nos derriben. Sin embargo, la frase sirve para denotar la personalidad de un hombre que —dicen sus más apasionados simpatizantes— supo sacrificar satisfacciones inmediatas y personales para ascender en los peldaños de su labor, siempre con la idea de que el poder era un medio para procurar el bienestar de los pueblos y la ley la única ordenadora.

“Los valientes no asesinan”, es otra de las frases juaristas, esta vez un ejemplo de una heroica parte de la Historia. La dijo Guillermo Prieto en Guadalajara —con gran éxito— ante los cañones de los fusiles que pretendían quitarle la vida al Benemérito.

La tan connotada frase, muchas veces escuchada, mil veces repetida hasta la sinrazón, la que habla del derecho ajeno, la dijo el mismo Juárez cuando entró triunfante a la Ciudad de México, el 15 de julio de 1867, después de haber vencido al invasor y restaurado la República. El discurso decía así:

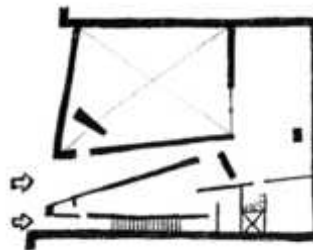
El gobierno nacional vuelve hoy a establecer su residencia en la Ciudad de México, de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar jamás el cumplimiento de sus deberes tanto más sagrados, cuanto mayor era el conflicto de la Nación. Fue con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar contra la inicua invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad. Salió el gobierno para seguir sosteniendo la bandera de la Patria por todo el tiempo que fuera necesario, hasta obtener el triunfo de la causa santa de la Independencia y de las instituciones de la República. [...]

No ha querido, ni ha debido antes el Gobierno y menos debería en la hora del triunfo completo de la República, dejarse inspirar por ningún sentimiento de pasión contra los que lo han combatido. Su deber ha sido, y es, pesar las exigencias de la justicia con todas las consideraciones de la benignidad. La templanza de sus conductas en todos los lugares donde ha residido, ha demostrado su deseo de moderar, en lo posible, el rigor de la justicia, conciliando la indulgencia con el estrecho deber de que se apliquen las leyes, en lo que sea indispensable para afianzar la paz y el porvenir de la Nación.

Encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos a obtener y a consolidar los beneficios de la paz. Bajo sus auspicios, será eficaz la protección de las leyes y de las autoridades para los derechos de todos los habitantes de la República.

Que el pueblo y el Gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.

Otras palabras escritas a don Benito no fueron tan conocidas, las que Victor Hugo le dirigió en una carta: “usted ha hecho la guerra a golpes de montañas”; o las que en un pañuelito bordado la niña Luisa Baz le ofreció a Juárez, y que decían: “Tu grande gloria y tu victoria han sido / vencer al que jamás fuera vencido”.



Juárez, que llegó a confesar su “vehemente deseo por aprender”, seguramente era un hombre sensible a las palabras bien dichas y a las bellas letras, pero de tan parco es muy probable que despreciara la falsa retórica y la hipócrita elocuencia. No sabemos de sus reacciones o comentarios ante los poemas que lo ensalzaron mientras vivía, ni si los cientos de adjetivos vacíos escritos junto a su nombre le hubieran conmovido el alma, pero lo cierto es que muchos literatos mexicanos y extranjeros también lo incluyeron en sus mejores composiciones.

Altamirano, padre de otra república, la República de las Letras, le escribió palabras elogiosas en 1865, dos años antes de su triunfo total:

Más fácil es que la Tierra se salga de su eje, que ese hombre se salga de la República: ese hombre no es un hombre, es el deber hecho carne. [...] Yo no sé cómo se llama la línea de tierra que ocupa en este momento: pero él está en la República, piensa en la República, trabaja por la República y morirá en la República, y si un rincón quedara sólo en la Patria, en ese jirón estaría uno seguro de hallar al Presidente.

Muchos años después, Amado Nervo —que leyó ante el sepulcro de Manuel Gutiérrez Nájera, en el primer aniversario de su muerte, un texto que mereció el aplauso unánime de los poetas modernistas, y cuya lírica pareció ir siempre en ascensión— incluyó a Juárez en su espectacular poema “La raza de bronce”, que leyó en el Congreso en 1902. En él, cuatro espíritus de la mexicanidad: Ilhuicamina, Nezahualcōyotl, Cuauhtémoc y, por supuesto, Juárez, explican al poeta las bondades de su raza. La parte que corresponde al oaxaqueño dice así:



El fantasma postrer llegó a mi lado:
no venía del fondo del pasado
como los otros; mas del bronce mismo
era su pecho, y en sus negros ojos
fulguraba, en vez de ímpetus y arrojos,
la tranquila frialdad del heroísmo.

Y parecióme que aquel hombre era
sereno como el cielo en primavera
y glacial como cima que acoraza
la nieve, y que su sino fue en la Historia
tender puentes de bronce entre la gloria
de la raza de ayer y nuestra raza.

Miróme con su límpida mirada,
y yo le vi sin preguntarle nada.
Todo estaba en su enorme frente escrito:
la hermosa obstinación de los castores,
la paciencia divina de las flores
y la heroica dureza del granito...

Eras tú, mi Señor; tú que soñando
estás en el panteón de San Fernando
bajo el dórico abrigo en que reposas;
eras tú que, en sueño peregrino,
ves marchar a la Patria en su camino,
¡rimando risas y regando rosas!

Eras tú, y a tus pies cayendo al verte,
—Padre —te murmuré—, quiero ser fuerte:
dame tu fe, tu obstinación extraña;
quiero ser como tú, firme y sereno;
quiero ser como tú, paciente y bueno;
quiero ser como tú, nieve y montaña.

Soy una chispa; ¡enséñame a ser lumbre!
Soy un guijarro; ¡enséñame a ser cumbre!
Soy una linfa; ¡enséñame a ser río!
Soy un harapo; ¡enséñame a ser gala!
Soy una pluma; ¡enséñame a ser ala!
Y ¡que Dios te bendiga, padre mío!

Pero Nervo no fue el único poeta que obsequió ver-
sos a Juárez: Juan de Dios Peza, Manuel José Othón,
su amigo Guillermo Prieto, José Santos Chocano, Ru-
bén Darío y Rafael López, por citar sólo algunos, tam-
bién escribieron sobre el Benemérito.

Enrique González Martínez, el que le torció
el cuello al cisne para acabar con el modernis-
mo, le compuso gallardos y sentidos versos:

Sin que lo manche la mundana escoria,
se eleva altivo inquebrantable y fuerte,
impasible y sereno ante la muerte,
sereno e impassible en la victoria.

No codicia los lauros de la gloria
ni solicita dones de la suerte
y en brote legendario se convierte
ante el fallo solemne de la historia.

Luchador incansable del derecho,
jamás penetra en su cerrado techo
duda fatal o femenil desmayo.

Roca que se alza hasta el cenit ilesa,
lo mismo cuando el céfiro la besa
¡que si la hierre fulgurante rayo!

José María Pino Suárez, que no sabía que iba
a caer abatido, unos años después, por las mis-
mas balas de la traición que despreciaba y las
ambiciones más abyectas, le escribió a Juárez el
siguiente soneto, lleno de gloria y esperanza.

En medio de horroroso desconcierto,
surgiste como un alba redentora
y nos guiaste a la cima salvadora
a través del Mar Rojo y el desierto.

Y dictaste magnánimo y experto
las tablas de tu ley benefactora
y poniendo a la luz la blanca proa
señalaste a la patria rumbo cierto.

Y creíste señor en la victoria
y confiaste señor en la grandeza
futura de tu pueblo, y en la gloria,

transfigurado hundiste la cabeza...
mas despierta, señor, contempla el caos,
y otra vez dí a tu pueblo: “¡Levantaos!”

Otros poetas, cercanos a nosotros en el tiem-
po aunque hayan nacido lejos, tampoco se sus-
trajeron a la mítica figura de Juárez. Pablo
Neruda lo incluye en su “Viaje por la noche de
Juárez”, que termina así:

Yo visité los muros de Querétaro
toqué cada peñasco en la colina,
la lejanía, cicatriz y cráter,
los cactus de ramales espinosos:
nada persiste allí, se fue el fantasma,
nadie quedó dormido en la dureza,
sólo existen la luz, los aguijones
del matorral, una presencia pura:
Juárez, tu paz de noche justiciera,
definitiva, férrea y estrellada.

En su poema “Avenida Juárez”, de 1956, Efraín Huerta parece denunciar la superficialidad vacía del falso culto a los héroes y lamentar el olvido de la verdadera esencia de la obra de Juárez:

Marchar hacia ninguna parte, olvidado del mundo,
ciego al mármol de Juárez y su laurel escarnecido
por los pequeños y los grandes canallas.

Hasta Rubén Bonifaz Nuño, hombre sabedor de las clásicas glorias, en su poema “Principio para un canto a Juárez”, parece tener el deseo de acercar la figura del patricio oaxaqueño al espíritu de los hombres presentes y comunes y, de paso, darnos a todos un poco de consuelo.

Tu herencia no es reposo en la riqueza,
ni soledad, ni sólo sueño:
tu herencia son los solidarios brazos
en libertad, las cosas que fundamos,
el camino que hacemos.
Tu herencia es el sentido y el orden de las cosas,
la libertad de proseguir, el paso
de vivir como hombres.

Todo está bien, lo tuyo.
En su lugar el aire, en su cauce la fuerza de sus aguas,
en su lugar el fuego, la tierra, las raíces.
Como encima de piedra,
bien cimentado el mundo que dejaste.

A estas alturas —dos siglos han pasado— parecería que ya nadie puede agregar nada a lo dicho y escrito sobre la figura de don Benito Juárez; que nadie puede aumentar ni una página más a su bibliografía, ni leer nada que no se haya leído. Ojalá y fuera porque a todos les es evidente la importancia de su obra social y política; innegable su participación en la constitución del estado moderno mexicano, y esencial la contribución que su vida y su obra tuvieron en la Historia.

Por si no fuera así, leer y escribir acerca de él nunca será un anacronismo (así se acaben las celebraciones y los bicentenarios). Todavía habrá quien siga abogando por la libertad de cultos, la separación absoluta entre las potestades civiles y las espirituales, la supremacía de las leyes, la defensa de la nacionalidad, la importancia de la educación y la tolerancia en el ejercicio de la cultura. (Quizá, con un poco de suerte, alguien escribirá el guión de una película sobre las nuevas aventuras y desventuras del Benemérito...) ~

